

ELOGIO DE LA PALMERA CON VIENTO

*Bien —palmera con viento de Lanzarote—; bien.
Tú tenías envidia de los molinos y de los girasoles.
De las ruletas y los tiovivos.
De los astros con sistemas y de los viajes de circunvalación.
De las hélices.
De los discos de gramófono.
De las ruedas azules de las fábricas.
De todo lo que gira, de todo lo que voltea incansable, tenías envidia.
Bien —palmera con viento de Lanzarote—; bien.
Y por eso llegaste a Lanzarote, isla de viento perenne: isla de alisios.
Plantaste en ella tu tienda de campaña.
Y ahora has superado a todas tus envidias antiguas: a los molinos de viento y a los girasoles; a las ruletas y a los tiovivos; a los astros con sistema; a los viajes de circunvalación; a las hélices; a los discos de gramófono; a las ruedas azules de las fábricas.
Eres ya la primera entre todas las cosas que han aprendido el arte de la voltereta alrededor de un punto absoluto.
Ahora eres tú —palmera con viento de Lanzarote— la envidiada.
Por tu color alegre.
Por tu honestidad.
Por tu amateurismo significado.
Dejas que tus brazos verdes volteen bajo el viento.
Ejerces un deportismo puro.
Eres —hoy— la única hélice, el único tiovivo y la única ruleta que gira solamente por girar.
Bien —palmera con viento de Lanzarote—; bien.*

(De Agustín Espinosa en «Lancelot 28 - 7º»)



LA PALMERA CANARIA SIMBOLO DE

Uno de los elementos que definen la personalidad, la identidad de un pueblo, es su paisaje. Sin llegar a un determinismo geográfico, justo es convenir que el medio donde se desarrolla la actividad de una comunidad, ayuda a perfilar y definir el modo de ser de su gente.

Por otra parte, también es constatable que podemos leer en el paisaje. Captar de qué forma el hombre ha incidido en él, cómo se ha construido/destruido, su aprovechamiento,...

Inciendo en este aspecto, la lectura que se puede hacer del paisaje insular, desde la perspectiva de la masa arbórea que lo cubre actualmente y de la que lo cubría hace apenas unos siglos, nos hace considerar que realmente tras la conquista y posterior colonización de las islas, el hombre se ha comportado como un verdadero *caballo de Atila*, dejando la *huella* indeleble de su paso, arrasando hasta el 99% en algunos casos, de la cubierta vegetal de la isla. A lo que hay que sumar el alto número de especies localmente exterminadas y otras que llevan el mismo camino.

Nuestra flora, sus variadas especies, forman parte de nuestros elementos más representativos. El drago, la palmera, el pino, la violeta, el tajinaste, el vicácaro y un etcétera muy largo que suma unos cuantos cientos de plantas de características únicas.

Dentro de todas ellas, la palmera o pal-

ma canaria, como mejor se la conoce sobre todo en ambientes rurales, por su especial integración en el paisaje, bien sea formando comunidades naturales, en lindes de cultivos, entre grupos de casas o mostrando la absoluta esbeltez de su figura, se nos presenta como uno de los elementos más característicos de nuestras islas. Es más, está presente en todas las islas del Archipiélago. Su presencia dio lugar a multitud de topónimos que se desparrraman por toda la geografía de nuestro país, dándose incluso su nombre a una de las islas y a nuestra propia ciudad:

«...les dijo que asentasen su rreal en un lugar que les enseñó, que se desía / Geniguada, que era lugar fuerte y eminente y a la bista del puerto y sus nauíos, con agua bastante y el rriío de Geniguada barranco que lleuaua agua perpetua a la mar que pasaba a el pie deste sitio, el qual se dise aora la ciudad del rreal de las Palmas por auer muchas en él, particularmente tres muy altísimas, vna de las quales las más alta a quedado, y la an dejado por memoria dellas, por la qual se rrijen los nauegantes para su sunjideros y los pescadores para echar y rrecojer sus nasas con que pescan,....» Ovetense).

Aunque se debe tener en cuenta que se considera el término indígena «tamara» como el que designaba a la palma o palmera, y, según el profesor D. Juan Álvarez Delgado, «tamaran», su plural, como las palmas

o las palmeras, por lo que Las Palmas sería traducción de Tamarán (nombre que los indígenas daban a la isla).

Además de la referencia apuntada que nos da cuenta de la presencia de las palmeras, las Crónicas nos hablan de su abundancia, en concreto en la isla de Gran Canaria:

«..., porque de un lugar que llaman Tamarasaité quitamos más de sesenta mil palmitos i de otras partes infinitas, i de todo Telde y Arucas». (Gómez Escudero).

Lógicamente, los indígenas canarios, que posiblemente fueran los introductores de la palmera datilera que así mismo se desarrollan en las islas, hicieron uso de este elemento natural que se les brindaba, como también se hace hoy en día entre las comunidades bereberes del vecino continente, como lo demuestran los hallazgos arqueológicos y los datos que nos aportan distintos autores:

«Los canarios tenían entre ellos oficiales de hacer casas debajo y encima de la tierra, carpinteros, *sogueros que trabajaban con yerbas y con hojas de palma...*».

«...; y *hacían las redes de yerbas y de palmas...*, que son cuadradas y cuelgan de una percha larga». (Torriani).

Incluso este autor considera el contro-

vertido tema del conocimiento y uso de la navegación por parte de los indígenas, señalando el empleo de esteras de palma como velas para sus embarcaciones:

«También hacían barcos del árbol dragón, ..., y navegaban con remos y *con vela de palma* alrededor de las costas de la isla;...».

Se constata su uso como alimentación:

«...; asimismo tenían dátiles de las palmas que aún ai gran cantidad en tierras de Arganequín i Tirajana, hacían vino, miel i vinagre de las palmas i esteras de sus ojas i petates para dormir...» (Cedeño).

Abreu Galindo nos plantea su uso en ceremonias religiosas, ni más ni menos que en lo que hoy en día conocemos como la fiesta de La Rama:

«Cuando faltaban los temporales, iban en procesión, con varas en las manos, y las magadas con vasos de leche y manteca y *ramos de palmas...*».

Incluso se nos da cuenta de las mismas, como punto de referencia de las habilidades y fortalezas de los indígenas:

«También se aprovechaban de piedras, que había entre ellos algunos de tanta fuerza y destreza, que de una pedrada derribaban *una penca de las palmas*». (Abreu Galindo).

La palmera canaria

Desde las primeras referencias que se tiene de las islas, envueltas en el mito de las «Afortunadas», encontramos la mención de sus palmeras, tal es el caso de la «Gerusalemme liberata» de Tocuarto Tasso, traducida por Bartolomé Cairasco:

«Siempre decía florecer la oliva, destilar de las piedras miel sabrosa, y con murmullo blandiendo el agua viva bajar del alto monte presurosa, templar al aire la calor estiva, de suerte que a ninguno es enojosa; y en fin por su templaza, lauros, *palmas*, son los Campos Eliseos de las almas».

Llegados a este punto, valdría la pena recordar lo que Viera y Clavijo nos dice en su «Diccionario de Historia Natural de las Islas Canarias» sobre las mismas:

«... su talle tan eminente y tan delicado a proporción tan recto, tan gallardo y rollizo, sin gajos, sin corterza, defendido, solamente en sus primeros años, por los pezones de los pírganos que se van cortando... Cada copa suele constar, a lo menos, de cuarenta palmitos, y en su centro se halla un grueso pimpollo de dos codos de largo, formado de otros tiernos palmitos, próximos a desarrollarse».

La característica silueta de la palmera canaria (tronco casi siempre recto, hojas abundantes, formando una copa densa, redonda y muy verde, acumulándose las hojas secas en los ejemplares que no son podados) se halla generalmente en cotas no superiores a los 600 metros, aunque alcanza cotas de 1.000 a 1.200 metros, siendo la más resistente al frío de todas las especies del género.

Su distribución original resulta difícil precisarla por ser una especie cultivada desde hace siglos. Debió formar bosques con otras especies o palmeras propiamente dichos y en algunos casos se asocia a terrenos cultivables. Es elemento de sitios cálidos-húmedos, con preferencia en barrancos, bordeando charcos y demarcando cauces de aguas subterráneas de laderas bajas.

Sobre su tronco pueden crecer especies como helechos y veroles, aprovechando determinadas condiciones climáticas y también el peculiar nicho ecológico que supone su gran copa de hojas verdes y secas. Asimismo, los pájaros palmeros, entre otros, son amantes de nidificar ahí, y seguramente por ello les venga el nombre popular con que se les conoce en algunas islas.

Además de la palmera canaria (*Phoenix canariensis*), también tenemos la ya mencionada palmera datilera (*Phoenix dactylifera*), la cual se distingue claramente de la anterior por múltiples diferencias: posee un número menor de hojas, contando éstas con menos foliolos, más erectas. Su copa es menos densa y de un verde más pálido.

En cuanto al tronco, en la palmera ca-

NUESTRA IDENTIDAD



LA PALMERA CANARIA, SÍMBOLO DE NUESTRA IDENTIDAD

Canaria es más uniforme y sin *hijos* en su base, al contrario de lo que suele suceder con la datilera. Hay que tener en cuenta no obstante, la formación de «híbrido» a partir de los dos tipos de palma señalados.

Sus frutos son mayores y con más «carne», en contra de las pequeñas y de gusto más ácido de las tamaras o tamaras.

El aprovechamiento de las palmas

En la actualidad se sigue aprovechando la palmera con distintos usos. Así se realizan trabajos de hoja para fabricar bolsos, sombreros, esteras, escobas, ... También se confeccionan trabajos de *pírganos* (nervio central de la penca de la palma), de *palanqueta* (material en forma de tiras delgadas sacadas del rabo de los racimos de dátiles o tamaras).

Llama la atención el hecho de poderse localizar este tipo de artesanía en casi la totalidad de las islas, incluida La Graciosa, pues de hecho sus sombreros de palma, usados indistintamente por hombres y mujeres, constituyen uno de sus elementos más conocidos e identificativos.

Al hablar de los sombreros hechos con palma, podemos hacer mención, cómo no, a los grandes sombreros majoreros o del diferente uso que se hace en algunas islas de las sombreras de palma o tela por parte de las mujeres casadas o solteras.

Además, con los palmitos también se realizan, aunque ya en menor medida,

bellas filigranas entretejiendo sus hojas con motivo del Domingo de Ramos.

Otros aprovechamientos que se han hecho y hacen son los relativos a su utilización como material de construcción, sería el caso de las primeras casas de la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria, colmenas para abejas, como alimento para el ganado, e incluso humano (los tiernos palmitos y quién de pequeño no le ha hincado el diente a las ásperas tamaras), elemento decorativo en ventorrillos y romerías. También se emplean las fibras de color canelo que forman una masa alrededor de la parte terminal del tronco, conocido como *jarropón*, para servir de recubrimiento interior de jardinerías, donde se cultivan plantas como las helechas «de a metro», de «eucalipto» o geranios de enredadera.

La miel de palma

Otro *fruto* que se obtiene de la palmera es su savia, consumiéndose tal cual sale: guarapo o ya elaborada: miel.

Su origen lo tenemos en el mundo indígena del Archipiélago, con unas técnicas únicas que permiten extraer la savia de la palmera pero sin destruirla, prácticas también empleadas en comunidades bereberes del norte del continente africano.

Esta actividad ha quedado relegada con casi exclusividad a la isla de La Gomera, aunque se realizaba en otras islas y en fechas recientes, concretamente en Gran Canaria, en los años cuarenta, para su utilización como edulcorante ante la escasez de azúcar.

Señalar así mismo, la *exportación* del término guarapo a Venezuela, con el que se denomina allá a las *tazas de agua* (infusiones).

La elaboración de miel de palma supone un recurso suplementario no desdeñable en la economía del campo gomero.

Como actividad integrada en la vida del pueblo, ha pasado a formar parte del folklore musical de la isla, como lo demuestra la conocida letra del Baile del Tambor:

«No bebas mucho guarapo
que te pones como un trapo».

Para extraer la savia se procede a cortar las pencas terminales, pero sin hacerlo con las de los lados, para no imposibilitar su desarrollo. Seguidamente a los pocos días se procede a *rebajar* con un formón en la parte central, estando ya lista para producir guarapo.

El líquido cae a merced a la inclinación que se le ha de dar al corte, pasando por una canaleta a un recipiente.

Diariamente se ha de proceder a *curar*, es decir, cortar finamente con el formón el cogollo de la palmera, para que siga saliendo la savia.

Una palmera puede producir de 10 a 12 litros, dependiendo la cantidad y calidad de la zona, estado de la palmera, estación del año, ...

El guarapo se puede aprovechar recién sacado de la palma, o bien se realizan las operaciones precisas para convertirlo en miel: Se pone al fuego prontamente por el peligro de *agriarse*, durante un periodo de tiempo amplio, retirándose la espuma que se forma, la cual podría estropear la miel.

Por este procedimiento, se reduce la cantidad de guarapo, quedando prácticamente en un 20%, más o menos, de la cantidad inicial. La práctica determina el momento exacto en que debe cesar la cocción, estando lista ya la rica miel de palma, de utilidad tanto como endulzadora en repostería como también curativas.

Señalar por último, que dentro de La Gomera, goza de merecida fama la zona de Tazo, como el sitio donde se elabora la mejor miel, acudiendo incluso la gente de otras partes de la isla a la fiesta de la Virgen del lugar haciéndose de paso con la miel.

Propiedades medicinales

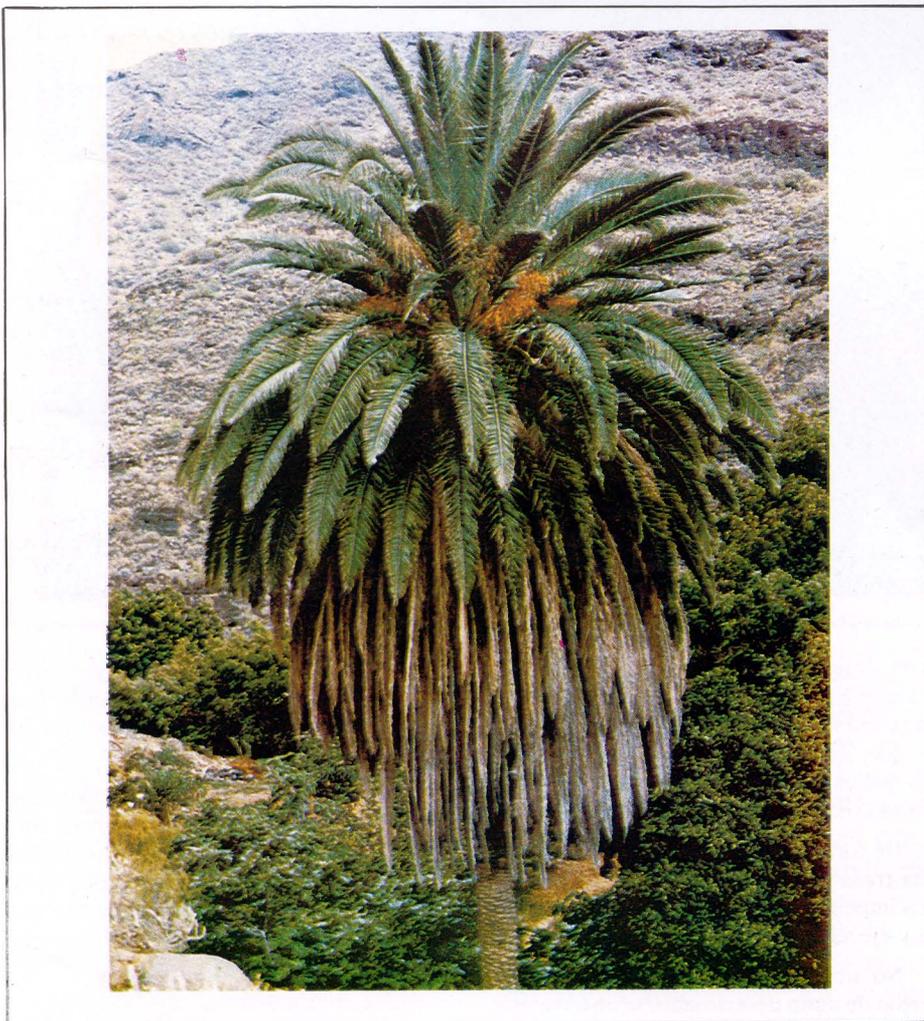
Aparte de la ya mencionada miel de palma y según ha recogido J. Jaén, la palmera tiene otras posibilidades en el campo de la medicina natural. Por ejemplo, sus tamaras sirven para la tos y así mismo para combatir los catarros. El jugo de estos frutos se emplea para enfermedades de la piel.

Además de su uso como elemento decorativo urbano, donde cumple un importante papel, numerosos son los conjuntos de palmeras que tenemos oportunidad de ver





Segundo premio del Concurso fotográfico sobre la palmera canaria: "El lago", de Ildefonso Bello Doreste



Cuarto premio: "Protagonista la palmera", de Anselmo Marrero Tejera

en los campos de nuestras islas. Por citar algunos puntos más destacados: En La Palma la zona de Las Breñas; La Gomera: Valle Gran Rey, Tazo, Tamargada, Vallehermoso; Tenerife: Masca; Gran Canaria: algo nos queda en Maspalomas, Fataga, Tirajana, Santa Brígida,...; Fuerteventura: Vega de Río Palma y el hermoso conjunto de tarajales y palmeras a punto de desaparecer en Gran Tarajal; Lanzarote: Haría.

El expolio que han sufrido nuestros palmerales parece no tener solución de continuidad. En este sentido se pueden apuntar dos tipos de eliminación: la efectuada a gran escala y la que afecta a ejemplares aislados.

Dentro del primer grupo, se pueden contar los *palmericidios* de Maspalomas o Jinámar, donde se acabó con la vida de numerosas plantas, en un afán especulador desmedido y con una nefasta y complaciente gestión de la Administración.

Por otra parte, continuamente los medios de comunicación nos dan cuenta de cómo van cayendo palmeras en distintos lugares de nuestras islas.

Lo triste del caso es que en algunas ocasiones los organismos públicos incluso ayudan a ello. Todos recordaremos la batalla entablada hace unos años para que las obras de desdoblamiento de la carretera del Centro no afectaran a los hermosos ejemplares de Tafira.



Tercer premio:
 "El valle", de
 Francisco
 Romero Frías

En la mayoría de los casos, determinadas personas no dudan en talar o quemar, muchas de las veces por simple capricho, algo que aunque pudiera estar en un terreno particular, es una planta protegida por la ley y patrimonio de todos.

También ocurre que en algunas ocasiones se arrancan palmeras con el objeto de plantarlas en otros lugares, realizando esta clandestina labor en horas de la noche, como se ha podido observar en Arteara.

Valdría apuntar también la *importación* que se hace de palmeras foráneas lo que su-

pone un expolio en la zona de origen, las grandes posibilidades de que no arraiguen en su nuevo emplazamiento y lo conveniente que sería plantar especies autóctonas aunque haya que esperar algunos años para verlas crecidas.

De todo ello se deduce la necesidad de una transformación real de las circunstancias imperantes, que posibilite el surgimiento y ejecución de nuevas alternativas.

No obstante, en los últimos años, en medio de tanto desaguasado, se observa una voluntad por conservar y recuperar

nuestras palmeras, nuestra flora y nuestro medio ambiente en general, algo de lo que todos formamos parte, pues cada uno de nosotros está integrado en él.

En el caso de las palmeras, y refiriéndonos a Gran Canaria, nos encontramos con algunos particulares, entidades y organismos públicos que vienen trabajando para que su silueta siga presente ante todos nosotros, como una parte más de nuestra identidad como pueblo.

R. NARANJO